



Comentario bibliográfico

Marisa González de Oleaga y María Silvia Di Liscia, *Memorias en guerra. Colonialismo y resistencia en museos y monumentos* (Madrid: CSIC, 2025).

Wanda Wechsler

*Universidad Nacional Arturo Jauretche /
Núcleo de Estudios Judíos - Instituto de Desarrollo Económico y Social -
Universidad Nacional de Tres de Febrero
wandaprofesora@gmail.com*

*Fecha de recepción: 17/03/2026
Fecha de aprobación: 30/03/2026*

Marisa González de Oleaga es catedrática en la Universidad Nacional de Educación a Distancia en el departamento de Historia Social y del Pensamiento Político de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de Madrid; María Silvia Di Liscia es Profesora de la Universidad Nacional de La Pampa, Argentina y es doctora en Geografía e Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Como corolario de diversos proyectos de investigación en común, las autoras publican *Memorias en guerra. Colonialismo y resistencia en museos y monumentos*. Este volumen no solo condensa su experiencia en el campo de la historia y la museografía, sino que propone una mirada situada y crítica sobre cómo el patrimonio material se convierte en un territorio de disputa ideológica.

La obra articula en tres secciones los aportes de diversos autores y autoras quienes, a lo largo de siete capítulos, analizan la dialéctica entre el pasado y el presente de museos y monumentos

situados en latitudes diversas. Estas partes —La escena del crimen: el colonialismo como estructura del pensamiento desde una perspectiva global, Al otro lado: fronteras y zonas de contacto en América y Relato de una experiencia museal— se entrelazan para conformar un tejido crítico que evidencia las tensiones y exigencias que asedian a las instituciones y monumentos actuales. A través del estudio de estas materialidades, el libro aborda las estrategias representacionales y los debates en torno al colonialismo como eje del mensaje occidental, visibilizando tanto las herencias coloniales como las resistencias emergentes en las últimas décadas del siglo XXI. Entendidos como dispositivos de poder que preservan valores, los museos y monumentos son aquí resignificados y cuestionados, planteando la urgencia de su reforma frente a las demandas de una sociedad que ya no acepta relatos unívocos. Este libro demuestra que museos y monumentos ya no pueden ser un mausoleo de verdades intocables, sino un espacio de interpelación constante. El presente no solo exige estos trabajos, sino que los habita a través del conflicto y la demanda de justicia.

La arquitectura del libro propone un entramado que recorre temporalidades y geografías diversas, unificadas por un eje crítico: la revisión de las formas canónicas de representar el pasado. En estas páginas, la irrupción de nuevos actores sociales, los reclamos históricos y las renovadas narrativas nacionales se enfrentan a las persistencias coloniales y a la —ya no tanto— incuestionable mirada del conquistador. Cada capítulo de esta obra pone en evidencia una transición inacabada; ese estado de latencia donde lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer.

La primera sección de la obra indaga en el colonialismo como estructura de pensamiento desde una perspectiva global adentrándose en casos europeos: Lisboa, París y Roma son el escenario. En el capítulo de apertura, Elsa Peralta analiza los elementos simbólicos y materiales que configuran a Lisboa —antigua capital del imperio portugués— como una ciudad imbuida de un “complejo de memoria imperial” que sostiene el relato nacionalista. El espacio público ha preservado museos y monumentos que legitiman una historia de reivindicación imperial, moldeando así la identidad nacional. El trabajo de Peralta no solo recupera la mística imperial instalada a lo largo del tiempo, sino que rastrea sus mutaciones; una narrativa que, al exaltar el mestizaje y la fusión cultural, promovió una visión benevolente de la colonización. Sin embargo, esta construcción poscolonial, anclada en una supuesta tolerancia, se ve hoy interpelada por la polarización ideológica del siglo XXI. Lisboa emerge entonces como un escenario de memorias en disputa: por un lado, como fuente de orgullo para una extrema derecha en ascenso y, por otro, como el foco de una

contra-memoria impulsada por movimientos antirracistas y descoloniales que denuncian los crímenes imperiales y exigen reparación.

El segundo capítulo, escrito con una pluma irónica y desafiante, nos introduce en el análisis de Emiliano Abad García sobre el Musée du Quai Branly-Jacques Chirac en París. El autor sostiene que, tras la fachada de un discurso plural, científico y riguroso, se agazapa una narrativa perversa y excluyente que opta por la comodidad de una postura descomprometida frente a la historia colonial. A través de un examen que abarca desde la arquitectura hasta el guion museográfico, Abad García identifica un conflicto ontológico central: la identidad. El museo invita al visitante a transformarse en un “descubridor” o explorador en clave colonial, despojando a los sujetos — indígenas, afrodescendientes, asiáticos— de su agencia para transmitir su cosmovisión en primera persona. De este modo, lejos de reivindicar la pluralidad del sujeto, la institución lo anula y lo reduce a la categoría de “buen salvaje”. Como fiel reflejo de las contradicciones de su sociedad, este espacio supuestamente vanguardista transmuta la conquista en un acto de salvación; un discurso que el autor califica no solo de antiguo, sino de anacrónico. Abad García no ignora estos relatos ni los considera vacíos; por el contrario, su esfuerzo radica en evidenciar los efectos políticos de este “colonialismo recauchutado” que, paradójicamente, resulta más insidioso que el de siglos pasados.

El tercer capítulo, a cargo de Beatrice Falcucci, indaga en la trayectoria del Museo Coloniale di Roma para desentrañar sus usos políticos. A través de sus “múltiples vidas”, la autora analiza cómo la institución ha plasmado los vaivenes de la sociedad italiana y su compleja relación con la memoria colonial. Falcucci propone al museo como una metáfora del colonialismo italiano y estructura su análisis en tres períodos del siglo XX; el primero desde la Gran Guerra hasta el ascenso y caída del fascismo, etapa en la que el museo funcionó como un dispositivo aspiracional y un pilar de la propaganda imperial; especialmente tras 1937, cuando pasó a denominarse Museo dell’Africa Italiana y se nutrió del expolio en Etiopía para exhibir la “grandeza” del régimen. Tras diez años de clausura, el segundo período se inicia en 1947. Pese a la caída del fascismo, la institución no formuló una crítica profunda al pasado colonial; por el contrario, intentó dissociar el colonialismo de la ideología fascista, sin hallar una clave interpretativa sólida para la posguerra. Finalmente, el tercer período describe un proceso de abandono —pero no de olvido— tras la disolución del Ministerio del África Italiana. No fue sino hasta la tercera década del siglo

XXI cuando emergieron cuestionamientos y exigencias de reforma, aunque la autora los califica como esfuerzos excesivamente cautos. En conclusión, Falcucci demuestra cómo la historicidad del museo revela un intento persistente por moldear la opinión pública bajo el mito de los italianos como “colonizadores buenos”. Así, el museo se consolida como un patrimonio disonante y racista que, pese al paso del tiempo, opone resistencia a las urgentes demandas decoloniales que hoy atraviesan el continente europeo.

La segunda parte de la obra se desplaza hacia las “zonas de contacto” cruzando el océano, en América. En ella, Mario Rufer analiza el recorrido del “archivo de Salinas Grandes”, un conjunto documental oculto bajo los médanos por las comunidades indígenas que estaban siendo desplazadas y aniquiladas por el Estado argentino en el siglo XIX. El archivo fue hallado por Estanislao Zeballos —escritor, geógrafo y funcionario clave de la expedición militar—, quien lo mantuvo bajo su estricta custodia hasta su muerte. El capítulo reflexiona sobre la genealogía de este archivo enterrado y su vínculo con los restos óseos y objetos saqueados a las poblaciones derrotadas para su posterior exhibición.

Rufer organiza su análisis vinculando el archivo con la tierra, la posesión, la zanja y el tiempo. Destaca cómo Zeballos, bajo una retórica de conquistador, presentó el hallazgo como un “descubrimiento” del cual él se erigió en intérprete único: ordenó, tradujo y clasificó el material para convertirse en el autor de una historia sin precedentes. Sin embargo, no solo se apropió de los documentos, sino también de cráneos y objetos de culto que luego nutrieron las colecciones del Museo de Ciencias Naturales de La Plata. Al expurgar el material, buscó borrar sistemáticamente la marca de la agencia política indígena, intentando demostrar que la conquista era la victoria de la civilización frente a una naturaleza “indómita y bestial”. De esta manera, Zeballos constituyó el archivo como un botín de guerra: tan probatorio como talismánico. Rufer demuestra que el silencio y el ocultamiento son, en sí mismos, productores de discurso histórico. Esta persistencia del vacío de representación sobre lo indígena se proyecta hasta el presente en las instituciones museográficas y los discursos políticos actuales. En conclusión, la historia y el patrimonio argentino aparecen aquí permeados por una retórica positivista que solo admite al indígena en condición de reliquia, confinado detrás de la distancia insalvable de una vitrina.

Katherine Hite aborda en su capítulo sobre la monumentalidad en Texas una problemática que atraviesa los últimos dos siglos de historia estadounidense: el racismo estructural. El trabajo

documenta los esfuerzos de activistas que cuestionan la creación y el sostenimiento de monumentos que celebran la supremacía blanca sobre el territorio. Centrándose en el condado de Williamson, la autora rastrea la persistente influencia del Ku Klux Klan y de las Hijas Unidas de la Confederación (UDC) en la producción de textos escolares y estatuas que reivindican la “herencia sureña”. Hite define a estos monumentos —por su escala y estética— como “recuerdos encubridores”: envoltorios que solapan una violencia profunda y estructural que sigue vigente. Estos símbolos narrativos han calado tan hondo en la identidad de ciertos sectores de la población que su cuestionamiento resulta complejo. Sin embargo, el siglo XXI y los asesinatos de Michael Brown y George Floyd marcaron un punto de inflexión en la resistencia contra la simbología confederada, impulsando iniciativas para retirar o desplazar estos monumentos en ciudades como Dallas, Austin y Houston.

No obstante, el estudio de Hite revela una dualidad persistente: mientras los líderes locales en Williamson se resisten a la remoción de las estatuas, han emergido sectores de activistas blancos que atraviesan procesos de autocuestionamiento e identidad antirracista. Estos movimientos señalan una época de cambio, aunque la transformación se enfrente todavía a la protección legal y simbólica de las banderas confederadas.

El capítulo de cierre de la segunda sección, escrito por las compiladoras de la obra, analiza el Centro de Visitantes Ledesma (CVL) en la provincia de Jujuy, Argentina. El estudio revela cómo este espacio articula un relato sobre la historia del ingenio azucarero plagado de silencios deliberados, diseñados a la medida de los intereses de la empresa y sus figuras propietarias. Lo que se omite es, precisamente, el motor de la compañía: el sujeto trabajador y sus condiciones históricas de producción. Las autoras destacan que el CVL dista de ser un museo, dada la ausencia de una cultura material —explícitamente proscrita—, presentándolo, en cambio, como un aséptico “lugar de encuentro” con la comunidad. A través de una selección minuciosa de iconografía y colores, el centro organiza una narrativa que exalta la importancia de la empresa para la nación, otorgando un rol protagónico a la flora y fauna locales como estrategia de distracción. La mano de obra sólo aparece mediante caricaturas o representaciones deshistorizadas, evidenciando una férrea resistencia a incorporar las luchas obreras al guión empresarial. En este vacío del *otro* —sea obrero, indígena, campesino o mujer— se impone la presencia central del linaje familiar y el éxito corporativo. El capítulo concluye que, pese a una historia marcada por el conflicto social, el CVL ofrece un

relato armónico y selectivo que evade las huellas de un pasado traumático. Más que un sitio de memoria, el centro funciona como un dispositivo propagandístico que prefiere exhibir la fauna selvática para encubrir las tensiones de una realidad que permanece irresuelta.

Finalmente, la tercera parte del libro se vuelca hacia la praxis a través del análisis de la exposición “Exiliadas”, realizada en el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos en Santiago de Chile. A diferencia de los capítulos anteriores, en el de Carolina Espinoza Cartes aparece una muestra que actúa como una reparación simbólica. El texto examina cómo esta muestra aborda el desplazamiento forzado sin precedentes que siguió al golpe de Estado de 1973, focalizando la mirada en la experiencia femenina. Inaugurada apenas un mes antes de la pandemia global, la exhibición se articuló mediante un corpus de 33 retratos fotográficos, biografías y material audiovisual producido específicamente para la ocasión. El objetivo central de “Exiliadas” fue desplazar hacia el primer plano las vivencias de mujeres históricamente marginadas de los grandes relatos nacionales. Espinoza Cartes destaca que la muestra no solo retrata a quienes vivieron el destierro, sino también a las generaciones posteriores, herederas de ese trauma transgeneracional. La exposición se estructuró sobre testimonios organizados en seis ejes temáticos que habilitaron nuevas reflexiones y otorgaron un rol protagónico a las mujeres. En conclusión, la autora sostiene —respaldada por las devoluciones de los visitantes— que esta experiencia museal funcionó como una herramienta de restauración de memorias silenciadas, logrando equiparar el peso de estos testimonios con las voces tradicionalmente masculinizadas de la historia chilena.

A modo de cierre, el epílogo de Mario Chagas introduce una lectura benjaminiana sobre el conjunto de los trabajos. Al analizar los museos, monumentos y documentos como dispositivos que operan simultáneamente entre la dominación y la resistencia, Chagas invita a concebir estos espacios como construcciones dinámicas de memoria y poder. En un contexto signado por giros, vueltas y revueltas —donde emergen nuevas exigencias sociales— estos artículos proponen un ejercicio de “cepillar la historia a contrapelo”. Esta tarea asume una particularidad política: se trata de una obra editada íntegramente por mujeres. Como señala Chagas, estamos ante un libro feminista en su sentido más profundo: una apuesta que abre el debate y reconstruye un pasado que, como queda demostrado en cada capítulo, aún no ha terminado de pasar.